

HACIA UN TURISMO INTEGRADO

PEDRO MONTSERRAT RECODER

Hace poco saboreamos la «solidaridad» de quienes amamos a nuestras montañas, la comarca que nos cobija. Estuvimos en el Atarés rejuvenecido, aúpado por Jaca y su comarca: La renovación material de unas calles y edificios propicia también la de sus hombres que, con su patrimonio ahora depreciado, animarán a sus hijos, al gestor nato de tanta riqueza natural y cultural.

El contacto con este ambiente natural y lo que aún queda del hombre integrado, «metido» en su paisaje, nos hace soñar e idealizar todo lo relacionado con una *vida más natural*, en armonía plena con nuestro ambiente, e intuída por quienes ahora sufren el «suburbio», las incomodidades de la urbe. Ya tenemos unas reacciones múltiples (turismo rural, agricultura ecológica, escuelas familiares agrarias, escultismo, ecologismo, etc.) que se potenciarán sin duda si actúan en armonía perfecta.

La gran urbe alejada de lo espontáneo y con tantas posibilidades de gestión, despilfarra, abusa, y «tira» lo que no sabe reutilizar. Así se amontonan los desperdicios contaminantes. En Andorra; hace poco (1), hablé del *sistema calle* con «su comercio» y un turismo que compensa las pérdidas por mal uso de sus recursos, los bosques, pastos, y el agua pura; destacan ahora unos «filtros» en sus valles laterales que retrasan o dificultan la destrucción por un turismo masificado. Tanto en Suiza como en Austria, podríamos contemplar unas estrategias similares a las andorranas, de complementariedad entre los dos sistemas de gestión: Ese sistema *comercial* y exterior por una parte y el *Natural*, o autóctono por otra.

El «cantón» autogobernado, mantiene un «modo de vivir» (mucho más que un «negocio») muy apropiado para el suizo que desea promocionar a su país pequeño y montañoso. Andorra, como estado minúsculo, quiere conservar lo suyo y defiende sus montes, el paisaje que atrae a visitantes y esquiadores. No podemos ser menos en nuestro Pirineo, y ahora conviene reaccionar ante la masificación del impacto turístico: En los Alpes y el Norte peninsular aún encontraremos ejemplos a imitar.

Este preámbulo ya destaca «dos sistemas» que coexisten y así deberán progresar ensamblados: el de ciudad con su comercio, industria y suburbios es conocido y muchos lo sufren sin poder intervenir, por estar en «el paro», sin embargo aún ignoramos las enormes posibilidades estabilizadoras y productivas del *sistema natural* con su *cultura integrada* -en *comunidad*-, un modo de vida que pudo evolucionar durante siglos. Entre ambos sistemas con distinta organización existen flujos,

unas corrientes de material y energía que podemos dirigir o potenciar. Veamos ahora unos aspectos del panorama reactivador que pocos sospechan; en otra ocasión volveré sobre temas tan importantes para el futuro de la Jacetania y del Aragón rural.

Nuestra comarca de montaña, con sus valles y la ganadería tradicional en descenso por abandono del joven que debía continuar su progreso, tiene dos ingresos fundamentales: Sol y agua, -que nos dan el pasto y se integran en el paisaje humanizado-, más los del turismo ahora en manos ajenas. Se habla e iniciamos tímidamente un *turismo verde*, el rural o integrado que produce para nosotros; sin embargo, seguirá y no podremos evitarlo al masivo que circula por las «autovías» y sólo para en pocos lugares, en unos «miradores» alejados que no deberían perturbar al *sistema pirenaico*, a la vida de quienes usan el paisaje para vivir de sus recursos naturales y culturales. Veamos esa *productividad del monte*, con el agua, los pastos, y una ganadería integrada, gestionada por los jóvenes preparados, educados para vivir en y de «su montaña».

Tenemos dos raíces culturales: la *Mediterránea* -con su arado y la siembra por una parte- más otra *Céltica o Gálica* (en el alto Gállego, por ejemplo) ganadera. A partir de tal origen cada valle tiene sus peculiaridades, la *cultura* del grupo, un *modo de vivir* que acumuló la «experiencia», en especial la *ganadera* de los abuelos, esos guías del pirineísta y escalador de antaño. Se agota ya esa cultura primaria y eso debería preocuparnos, ahora nos sacan al hijo y le «instruyen» para vivir en la ciudad alejada de sus montes. Es la urbe, mejor dicho, el suburbio desordenado que nos invade, cuando en realidad debería auparnos. ¡Y puede hacerlo!. Un ejemplo nos ilustrará el aspecto más negativo de dicha «invasión», como es el de quienes desconocen o descuidan la *reutilización correcta*.

Existen proyectos para depurar el agua de nuestros ríos y vienen de lejos; «se ignora» la depuración natural que ya tenemos y recicla «fertilidad» en sotos de los ríos, con choperas o las fresnedas tan prometedoras.

Parecería lógico potenciar ahora el «abonado» con agua residual en esos «sistemas» mejorados que ya producen defensa ante las riadas, con pasto, esparcimiento, pesca y madera; son posibles por lo tanto unas «repoblaciones» para revitalizar nuestra montaña. La hoja del fresno, con la de chopos y sargas, es aprovechada en otoño por los rebaños. El fresno, tanto de hoja grande como los mediterráneos del río Aragón, tienen madera útil para el desarrollo, la chapa que cubre nuestros

muebles. Es un ejemplo entre los muchos que podríamos mencionar y nos destaca la falta de integración al paisaje vivo propia del conocimiento ambiental académico, el que por desgracia aún reciben nuestros técnicos. El «ambiente total», con sus paisajes y culturas, forma un conjunto funcional, integrado, el *sistema* que depende de unos hombres «arraigados al país», al clima local con su vegetación tan variada, de unos «modos de vida» - las estrategias comunitarias o culturales- que debemos mantener, mejor dicho, revitalizar y potenciar.

PERSPECTIVAS REANIMADORAS. En los Parques Nacionales, con todo tipo de reservas, aún prima la conservación del paisaje, sin hombres. El «hombre natural» que se integra «comunitariamente» al país, debe tener absoluta preferencia en el futuro, por su papel decisivo al conservar paisajes, con plantas, razas ganaderas, y la fauna que «aún» tenemos. En los valles del norte peninsular existen grupos humanos tan destacados como los pasiegos y otros dignos de admiración que pronto serán aupados por un turismo inteligente; conviene destacar ahora esa «calidad humana», la solidaridad tan arraigada en el paisaje humanizado que comenté al principio.

Las tensiones continuas -hambre, guerra, pes-

te, y tantas calamidades sufridas por nuestros abuelos-, fueron el acicate para la organización. Se llegó a extremos inconcebibles ahora, pero el aislamiento facilitaba los ajustes, el aprovechamiento de todas las posibilidades existentes en cada valle acantonado. El camino de Santiago fomentó el intercambio cultural y un progreso continuo sin destruir lo antes logrado: la organización adecuada para sobrevivir y prosperar en cada valle.

La *eficiencia* exige ajustes, una estructura preparada para lograrla: Organización = eficacia y ahorro. La *potencia* cuando hay energía disponible, facilita el despilfarro y la contaminación. La cultura de cada grupo, asimiló unos conocimientos activos, puso en marcha unas *rutinas*, o sea, el «piloto automático» esencial para su «modo de vida» y una garantía de la eficacia con poco gasto.

Los subsidios al individuo prolongan agonías, pero no garantizan la eficacia organizativa que sólo depende del *dinamismo interno* de cada grupo. La cultura es comunitaria y el turismo -como ya hizo el camino de Santiago en el norte peninsular-, podrá contribuir si logramos integrarlo para que ayude a reconstruir, tanto los edificios como unas maneras de vivir o actuar eficaces. ■

(1) P. MONTSERRAT (1993). Evolució y regulació en els sistemes muntanyencs. *El paisatge, patrimoni cultural dels Pirineus*: 7-23. Folleto publicado por la «comunidad de Trabajo de los Pirineos». *Ministeri de Relacions Exteriors. Govern d'Andorra.*